

ANTONIO SMITH

Estamos todavía bajo la influencia de una sorpresa bien encantadora: la pintura, esa diosa casi desconocida entre nosotros durante tantos años, principia a levantar tranquilamente las gradas de su trono soberano. La tarea ha sido tan modesta, se ha trabajado tan en silencio temiendo hacer el menor ruido, que cuando el público se ha apercebido de ello ha podido contemplar asombrado la base espléndida del futuro monumento.

¿Sabia Santiago que tenia en su seno una docena de pintores? Francamente, solo el pequeño círculo que se ocupa de bellas artes lo sabia. Ellos han sido bastante modestos para no hacerse conocer, i nuestra sociedad ha sido demasiado indolente para no conocerlos.

Ha sido preciso la inspiracion feliz de un mandatario para disipar las nieblas que ocultaban los hermosos paisajes que hemos visto en la Esposicion; i si eso no hubiera sucedido, Chile continuaria creyendo que no tenia mas pintor de su naturaleza que el eminente Antonio Smith.

I nuestra sorpresa ha sido tan natural cuanto que hai en nuestra vida artistica un hecho mas que curioso, un hecho consolador i triste a la vez: ninguno de nuestros artistas ha salido de la academia. Muchos de ellos se han formado solos, otros casi solos, pero la mayor parte sin un hogar artistico que calentara su entusiasmo, que renovara su fé i les mostrara la senda del arte verdadero. Por mucho tiempo los jóvenes que penetraban los umbrales de la academia chilena de bellas artes podian haber leído las palabras terribles que el Dante coloca en las puertas de su infierno: «Abandonad toda esperanza vosotros los que entraís aquí.» I en efecto, cuántos penetraron ahí con fé i entusiasmo para salir despues desengañados i perdidos! El pesar nubla las alegrías de nuestros triunfos presentes al recordar las in-

telijencias que se han estinguido por falta de una hábil direccion. I no era porque faltara el hombre a propósito, le habia en nuestro mismo pais: Monvoisin pudo haber sido el director de nuestra academia; se ofreció a ello espontáneamente; pero la gloria del arte chileno no podia exijir de nuestro erario el sacrificio de algunos pesos, que entonces como hoi se arrojaban en una exigencia cualquiera de la presuncion o de la vanidad. Monvoisin se fué, dejándonos el recuerdo de su talento en obras inmortales, i nuestra academia perdió voluntariamente a uno de los jénios mas notables de la escuela moderna. ¡Cuántas famas i talvez cuántos millones no nos cuesta aquella economía de mil pesos anuales!

Por eso es que Antonio Smith, ademas de la gloria de su talento, tiene la de haber fundado entre nosotros la escuela del buen paisaje. Escuela que está en embrion todavía, es verdad, pero que ya comienza a organizarse i a producir: ahí está Pedro Lira como una prueba brillante de lo que decimos.

Es pues a ese personaje modesto, pero todavía mas perezoso que modesto, que álguien ha calificado de Mefistófeles por su figura i de Fausto por sus ensueños, que se pasea diariamente por nuestras calles, porque solo pinta cuando está de *mui buen humor*, a quien debe Chile la gloria de tener paisajistas.

Casi llegamos a creer que Smith no sabe que ha hecho ése servicio a su pais, i si lo conoce sabe olvidarlo tan bien que siempre se considera como formando en la fila de sus compañeros, ni una pulgada mas adelante.

I este tipo extraño, i poco ménos que indescriptible, profesa a su arte en medio de su característica indolencia, un culto sublime i respetuoso. Ha nacido artista como se nace poeta; su ciencia no es el resultado del estudio profundo ni de la constante averiguacion, sino simplemente de la naturaleza de su ser. Para hacer un paisaje no necesita mirar el cielo, ni el sol, ni la luna, ni los campos; le basta solo sentarse frente de su caballete, tomar sus pinceles i formar sus colores. Hai un minuto de reconcentracion; luego aparecen vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas transparentes, su atmósfera i sus vapores. Hai vida en ese paisaje; la vida brillante i calorosa de un dia de verano o la luz ténue i melancólica de una noche de luna. Puede faltar la verdad en algunos de sus detalles, pero nunca puede faltar la poesía ni la inspiracion.

I sin embargo, no es esa escuela idealista, a pesar de ser sus partidarios i admiradores, la que quisiéramos imitaran nuestros artistas noveles. Antes del ideal está la naturaleza con su verdad, con sus

perfumes i tambien con su poesia propia. No es posible desentenderse de ciertas realidades, por mas repugnantes que nos parezcan. El estudio serio de la naturaleza, de lo bello i de lo feo, forma al artista i al soñador. I qué naturaleza es la que se puede estudiar entre nosotros! Los valles mas espléndidos, las cascadas mas caprichosas, los lagos mas encantadores. I como si todo esto no fuera suficiente, los Andes por complemento i el Estrecho por término!

Los Andes especialmente son para nuestros paisajistas un teatro inmenso e inesplotado, hai en ellos toda una escuela maravillosa de artistas que serán nuestra gloria futura. Hasta las dificultades son ahí sublimes: por una parte la grandeza de las proporciones i por la otra la claridad i la viveza de las tintas con que hasta las perspectivas mas lejanas aparecen detalladas en la transparencia de un aire puro. Hai que aprender a mirar i a escojer lo mas bello de en medio de ese concierto jigantesco. La lucha, pues, con ese coloso de la naturaleza americana es mas que difícil, es titánica; pero la constancia, el estudio i el esfuerzo perseverante todo lo vence i al fin es posible obtener grandes victorias tanto mas gloriosas cuanto mas obstinada ha sido la resistencia.

Algunos de nuestros paisajistas quieren entrar en posesion de esas sublimes i estrañas bellezas con solo unas cuantas miradas dadas muchas veces con indolencia durante las rápidas correrías de un viaje de verano o de una escursion de placer. De ahí el poco éxito de esos ensayos informes ejecutados de paso. ¿Es posible obtener de esta manera resultados satisfactorios i éxitos brillantes? Imposible! desde que triunfos semejantes solo pueden alcanzarse despues de estudios serios i completos.

Por eso es que sorprende verdaderamente cómo Smith ha podido trasportar a algunas de sus telas esas armonías solemnes i poéticas a la vez que comunican al alma del espectador un eco melodioso de tiernas impresiones, sin haber mirado de frente esas montañas ni recorrido paso a paso sus laderas.

Pero ese secreto encanto de los paisajes de Smith tiene todavía en sus bosques i en sus noches una acentuacion mas marcada. La luz del sol puede fastidiar a la mirada soñolienta de nuestro artista, pero la dulce luz de la luna convida a su espíritu soñador a pasearse bajo la cúpula de sus bosques misteriosos. ¿Quién no ha visto al ménos una sola vez en su vida i durante las horas enamoradas de los veinte años, los rayos de la luna iluminando melancólicamente las colinas derramándose luego hasta los valles? ¿Quién no ha contemplado por la tarde los últimos fulgores del sol en el ocaso tiñendo de púrpura las nieves eter-

nas i a las sombras azuladas i caprichosas subir invadiendo i apagando los reflejos del sol que se va? Quién no ha visto las diversas faces de esos fenómenos no sabe todo el encanto que hai en esos juegos de la naturaleza que se repiten todos los dias cambiando infinitamente de forma i de color, ni puede apreciar debidamente las ventajas que haya podido sacar el artista de esas riquezas que están al alcance de todos los pinceles. Cuando tales magnificencias se ven en la naturaleza no se puede ménos de reprochar al artista que las descuida i no saca de ellas todo el inmenso partido a que se prestan.

Smith tiene un doble deber en estudiar esas bellezas: un hombre de su talento i de su porvenir tiene para consigo mismo i para con el público que le admira i aplaude la obligacion de perfeccionarse constantemente, i este deber se multiplica cuando como al presente se tiene a su espalda toda una jeneracion de jóvenes artistas que le observan con admiracion i siguen paso a paso sus modificaciones i progresos. Smith no es ni debe ser solo el artista caprichoso que hace cuadros para el público; tiene todavia una obligacion i una mision mas: es el maestro, es el jefe de una escuela que debe sostener haciéndola triunfar por medio de la verdad del estudio unida a la poesía ideal de su pincel.

Se critica a Smith de haber desterrado las figuras de sus paisajes, i esta crítica no es injusta del todo. Smith ha separado por completo de sus obras todo el antiguo mundo de los viejos paisajistas, con sus numerosos términos de tierra, sus rebaños i sus pastores, sus castillos i sus chozas, sus palacios i sus templos. I no es solo Smith el que ha querido volver a un sentimiento mas profundo i primitivo de la naturaleza sino toda la moderna escuela de paisajistas, i especialmente la francesa. La reforma, sin embargo, ha sido exajerada, llegándose a simplificar demasiado el tema de las composiciones i cayéndose naturalmente en el escollo opuesto. Hoi se abusa de la pobreza con la misma franqueza con que ántes se abusaba de la abundancia de los materiales.

Smith ha recorrido la Italia durante dos o tres años, ha visitado sus museos i tenido algun tiempo por maestro al mas grande de los paisajistas florentinos de nuestra época: al célebre Carlos Marcó. Aquellos eran los buenos i felices tiempos en que Smith estudiaba con todo el anhelo del que desea llegar a ser autor aplaudido. Hemos visto las cartas afectuosas que el gran Marcó le ha enviado despues: «Mi ilustre amigo, mi discípulo-maestro» le dice con sincera admiracion aquel hombre justamente célebre.

I cuando nuestro artista recibia estas honrosas manifestaciones, era

mucho menos de lo que es ahora. Unos cuantos viajes al sur de nuestro hermoso territorio, mas por placer que por estudio, le han sido sin embargo de gran provecho. A su regreso es cuando ha pintado esos espléndidos bosques, algunos de los cuales han figurado en la Exposicion, solemnes i misteriosos, que dan a conocer por completo en aunque talvez no en su realidad, su poesía, el carácter de aquella naturaleza grandiosa.

Cuando se contemplan esos cuadros, que son sus últimos trabajos, i se les compara con los que ha ejecutado hace tres o cuatro años, se nota un evidente progreso. Uno de ellos representa un efecto de sol en la cordillera. El instante elegido es una tarde. El espectador tiene a su frente uno de los mas hermosos picos de los Andes a cuyos piés se encuentra un bosque pintoresco. Un lijero velo de nieblas azulado se halla estendido entre el bosque i la montaña; i mientras el sol dora con su luz las nieves de la cumbre, los vapores de la falda se disuelven a su calor. En este paisaje se respira plenamente la calma majestuosa i la grandeza infinita del espectáculo. El otro representa la entrada a un bosque: un solo árbol de tronco corpulento ocupa el mayor espacio de la tela, dejando ver por entre sus ramas las cordilleras del fondo i los rayos de la luna. Es esta una armonía recojida por Smith con deliciosa emocion.

En presencia de estos paisajes el entusiasmo nos ha arrejado i hemos estado a punto de declarar a Smith un portento de estudio i de trabajo: pero nos hemos detenido al momento pensando de cuánto mas es capaz ese brillante talento. Ademas, la luz admirable del paisaje de Saal heria en esos momentos nuestra vista i un amigo nos decia al oido con cierto desconsuelo:

—¿Por qué no pinta así Smith?

—Quién sabe! Pero *él lo puede si quiere*, le contestamos parodiando a Lady Cadurcis.

VICENTE GBEZ.